

Bóvido y caballos pintados en la cueva de Lascaux (Francia). Seguramente dentro de un rito de magia imitativa cuyos pormenores se nos escapan, los hombres del paleolítico superior pintaron, en las cuevas que les servían de morada o de templo religioso, los animales cuya caza querían propiciar.

Las primeras edades de la piedra en Europa

En un capítulo anterior hemos expuesto lo que actualmente se conoce de tipos de homínidos o seres casi humanos, no todavía hombres perfectos, pero ya más cercanos al *Homo sapiens*. Como en un paréntesis hemos insinuado que estos homínidos podían ya tener un lenguaje, aunque muy primitivo, maneras de pensar que corresponden a nuestros sistemas religiosos, el canto, la danza y tabúes, como las prohibiciones de incesto..., porque todos estos elementos culturales se encuentran en todas, absolutamente todas, las variedades del hombre ya bien caracterizado y en todas las agrupaciones humanas en los más apartados lugares del planeta. Esta tan compleja uniformidad hacía pensar en una fatalidad de la especie y por esto hemos atribuido tales elementos culturales en germen al homínido, como si fuera éste un embrión o larva del hombre definitivo.

EL PALEOLITICO INFERIOR Y MEDIO EN EUROPA

Abandonadas las nomenclaturas tradicionalmente usadas, a principios de este siglo se estableció la división, dentro de lo que se llamaba época de la piedra tallada o paleolítico, de una etapa inferior frente a otra superior, situando entre una y otra el paleolítico medio. El paleolítico inferior, por su parte, comprendía dos períodos, el chelense y el achelense, nombres derivados de los topónimos franceses de Chelles y St. Acheul, localidades que poseían la industria que designaban. Después se vio que la denominación de chelense no era adecuada y se sustituyó por la de abbevilliense, tomada de la localidad de Abbeville, junto al Somme. Se dejaba el prechelense para las etapas, vagas entonces y, aunque un poco menos, también ahora, que precedían a la chelense. Ambas etapas constituían la gran época del hacha de mano, que coincidió con las primeras fases glaciales hasta la tercera glaciación, durando, por tanto, un mínimo de 300.000 a 500.000 años.

La característica principal de esta industria se halla en la fabricación, en grandes cantidades, de las piezas que llamamos hachas de mano, obtenidas por desbastado de los núcleos de sílex u otras piedras que produce una especie de pico o filo, con el talón más o menos adaptado a la prensión manual y que pudo también enmangarse de diversos modos. El retoque por ambas caras hace que se las conozca como piezas de labra bifacial o bifaces. Lo que en el período abbevilliense era pieza tosca de bordes irregulares, se fue afinando, y en las etapas más avanzadas del achelense y en su derivación, el micoquiense, se lograron piezas bellísimas, con tendencia a disminuir de tamaño, almendradas, subtriangulares o cordiformes. Su uso podía ser muy vario, aunque algunos especialistas sostienen que su mayor utilidad era la de despellejar los animales cazados, y así las hemos visto fabricar y usar al famoso investigador inglés Leakey, descubridor de las más sensacionales novedades en el Africa oriental.

Los yacimientos que contienen esta industria son abundantísimos, especialmente en las terrazas fluviales como las del Somme (lugar de estudio de Boucher de Perthes), Manzanares (con riquísimos yacimientos, por desgracia descuidados), Tajo, Sena, Támesis, etc. En alguna ocasión se halla ya en los niveles de base de cuevas habitadas intensamente en la última glaciación, como ocurre en la cueva del Castillo (Santander).

Pero hoy sabemos que tales industrias son relativamente recientes y que no se logró aprender la magnífica técnica de talla que vemos en las hachas de mano sin un largo aprendizaje. Hoy hemos de explicarnos en qué relación se halla esta industria con la caracterizada por el empleo de lascas y con la llamada *pebble-culture* o cultura de los guijarros. Esta última empezó a conocerse en el Africa meridional, donde se halló una industria llamada *kafuense,* de guijarros mal tallados, para obtener un filo o un pico que se creyó en relación con los australopitécidos. Esta industria apareció después en el Africa oriental, y en los niveles del barranco de Olduvai se encuentra en conexión con el supuesto *Homo habilis.* Del kafuense hoy se hace poco caso, por suponerse que sus útiles pueden haber sido obra de factores naturales. En cambio, guijarros tallados se encuentran en todas partes. El Asia sudoriental desconoce el tipo de hacha de mano, mientras le es propia la técnica de los *choppers* o *chopping tools,* que no es otra cosa que una variante de la industria de los guijarros. Así vamos comprendiendo el progreso continuo, lento e ininterrumpido que lleva desde las piedras ante las que se duda hayan sido objeto de labra humana, hasta las pequeñas obras de arte que son los bifaces micoquienses.

Otro problema se plantea en relación con las industrias europeas del hacha de mano. Breuil y otros autores creyeron que frente a aquéllas existiría una técnica basada en la producción de lascas de sílex. Así surgió en la literatura una industria bautizada con el nombre de clactoniense (de la localidad inglesa de Clacton-on-Sea), muy arcaica, de la que de alguna manera derivarían la tayaciense y la levalloisiense. Se llegó incluso a suponer que clactoniense y cheleoachelense alternarían en Europa, la primera en las etapas frías, la segunda en las templadas, pues su factura estaría en relación con la temperatura ambiental, ya que el sílex se trabaja mejor y con mayor seguridad en caliente. Hoy no podemos aceptar este exclusivismo y sabemos que hacha de mano y lascas no eran incompatibles. Sin embargo, podemos aceptar la presencia de industrias con predominio de la lasca clactoniense (plano de percusión muy oblicuo, bulbo de percusión muy saliente).

Gran perfección para lograr lascas en forma subtriangular es la obtenida por la industria levalloisiense, en la que se preparaba el núcleo con el plano de percusión facetado. Esta técnica es la que ofrecen los útiles de la cultura musteriense (nombre tomado de la estación francesa de Le Moustier), la cual ofrece la particularidad de ser debida a una raza que con ligeras variantes dominó todo el Viejo Mundo y nada impide que algún día se encuentren sus vestigios hasta en América. Los útiles característicos del musteriense occidental son la punta, generalmente subtriangular, robusta y con retoques marginales en escalera, y la raedera, pieza retocada lateralmente que servía para trabajar la piel y la madera. El musteriense francés, muy rico en hallazgos, nos ofrece diversas variantes, entre ellas la que muestra cierta perduración de las industrias del hacha de mano a través de la industria micoquiense, en la que las grandes piezas bifaciales de antaño han venido a parar en pequeñas hachas de mano cordiformes. Una variante ofrece abundantes piezas denticuladas, mientras otra muestra tipos pequeños.

Pero el rasgo más curioso de esa cultura musteriense es el hecho innegable de estar sus restos siempre unidos a un tipo racial concreto y bien conocido: el del hombre de Neandertal. Así se da tal vez como caso único en la historia de la humanidad la correlación constante entre el tipo industrial y una variante humana.

L.P.



Hacha de talla bifacial correspondiente al período achelense.

Tal sugestión o hipótesis es algo aventurada, porque no conocemos de los homínidos más que algunos huesos y pocos y aun discutibles útiles de piedra. A menudo, valiéndose de fragmentos de cráneos de homínidos, se reconstruyen las fisonomías de aquellos prehombres, o casi hombres, sin tener en cuenta que no hay manera de ima-

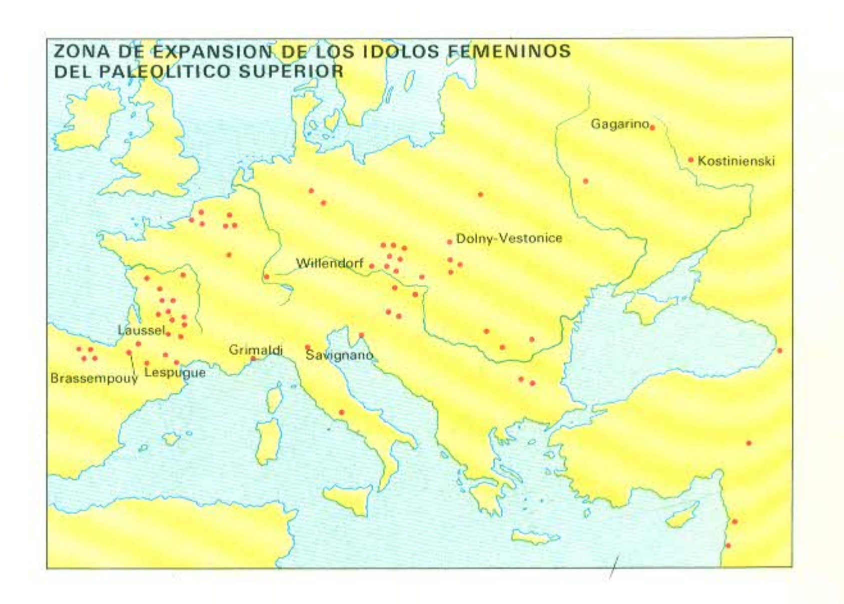
Conjunto de hachas de talla bifacial (Museo Provincial de Prehistoria y Arqueología, Santander).

ginar qué músculos tendría su cara, si el cuerpo era lanoso o sin pelo. Pero hay grandes fuentes de información hasta en los meros huesos; por ejemplo, los homínidos tienen *sinus* o cavidades en el hueso frontal que no tienen los antropoides. Sobre todo, sus dientes ayudan a imaginar la vida que hacían los homínidos. Hay, pues, que tener paciencia y admitir las divagaciones de los antropólogos modernos cuando se esfuerzan en explicar, valiéndose de datos poco espectaculares, lo que podía ser un "hombre fósil" muchísimos miles de años antes de nuestra era.

El hecho bien reconocido de que los homínidos y aun los hombres más primitivos vivieran en el período glacial explica su distribución mundial. Hemos reconocido homínidos bien parecidos en Europa, Asia y África; a primera vista, esta expansión en varios continentes desconcierta: ¿cómo podía un tipo humano formado en Asia o África ir a establecer sus descendientes en zonas tan distantes? Recordemos también las dificultades que entraña el poblamiento de América, aunque tuviera lugar en época mucho más próxima. Se calcula que en cada período glacial la masa de hielo acumulada sobre cada una de las regiones más frías era de millones de kilómetros cúbicos, que representaban agua procedente del piélago marino. Dejando bien sentado que todo o mucho de lo que llevamos dicho era hipotético y sólo para estimular a pensar, vamos ahora a entrar en un terreno mucho más firme, con los bien documentados restos de los hombres prehistóricos, ya verdaderos hombres.

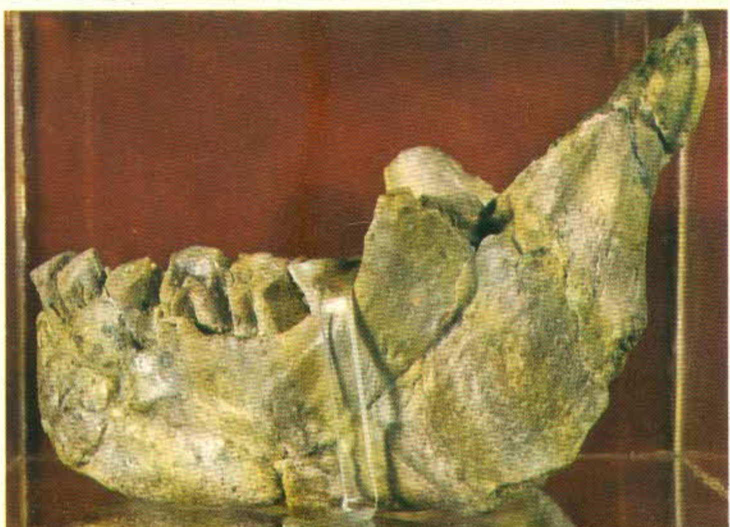
Mucho antes de que se descubriera la mandíbula de Mauer, considerada modernamente como de un pitecantrópido, ya se habían encontrado en Europa algunos huesos del hombre prehistórico. Pero sólo con el estudio de los materiales acumulados en los museos especializados y con los nuevos fragmentos de esqueletos que aparecen sin cesar, hemos podido reconocer dos tipos bien definidos de verdaderos hombres europeos primitivos, que hemos bautizado como raza de Neandertal y raza de Cromagnon, aunque el nombre de raza sea impropio.

Vamos a explicar la historia de estos hallazgos. Ya en 1848 se halló en una cantera del peñón de Gibraltar un cráneo al que, en un principio, no se prestó mucha atención y





Cráneo neandertalense de Gibraltar (Museo Británico, Londres), el primer resto de esta raza que se encontró en Europa, y mandíbula del mismo tipo hallada en Bañolas (col. particular, Bañolas, Gerona).



que hoy se conserva como pieza de positivo valor en el Museo Británico de Londres.

Se trata del cráneo del primer europeo, aceptado como tal sin discusión; no un hombre imperfecto, no un "hombre fósil", sino un verdadero hombre. Sin embargo, no debía ser el cráneo de Gibraltar el que diera nombre a aquél.

El nombre de Neandertal proviene de una pequeña caverna inmediata al valle así llamado, cerca de Düsseldorf, donde se encontraron en 1856 algunos huesos y un cráneo del mismo carácter que el de Gibraltar. Un maestro de escuela, llamado Tühlrott, reconoció en seguida la importancia del extraño esqueleto a que pertenecían, y por su iniciativa fueron recogidos y conservados en el Museo Provincial de Bonn, donde se guardan todavía. Por espacio de algunos años nadie les concedió gran valor, sobre todo después de haberlos considerado Virchow como los huesos de un individuo gotoso –un caso patológico–, no de un hombre primitivo, añadiendo que aquel ser deforme y enfermo no hubiera podido subsistir con la vida dura que llevaban los nómadas y cazadores de la edad de la piedra. La sentencia de una autoridad tan respetada como la de Virchow pesó sobre los huesos de Neandertal por espacio de medio siglo. Es verdad que Huxley, Lyell y King insistieron sobre el carácter primitivo del esqueleto del Museo de Bonn y lo bautizaron con el nombre que ha quedado definitivo de *Homo neanderthalensis;* pero esta opinión de los naturalistas ingleses sirvió más que nada para que los alemanes continuaran burlándose del viejo esqueleto de Neandertal. Según unos, los huesos debían de ser de un cosaco del tiempo de Napoleón; según otros, de un bárbaro merovingio, o de un celta, o de un viejo molinero holandés, o de un idiota...

Como a menudo ocurre, sucesivos descubrimientos vinieron a confirmar que la opinión del humilde maestro de escuela Tühlrott valía más que la del ilustre Virchow. Sobre todo, comparando Klaatsch los huesos de



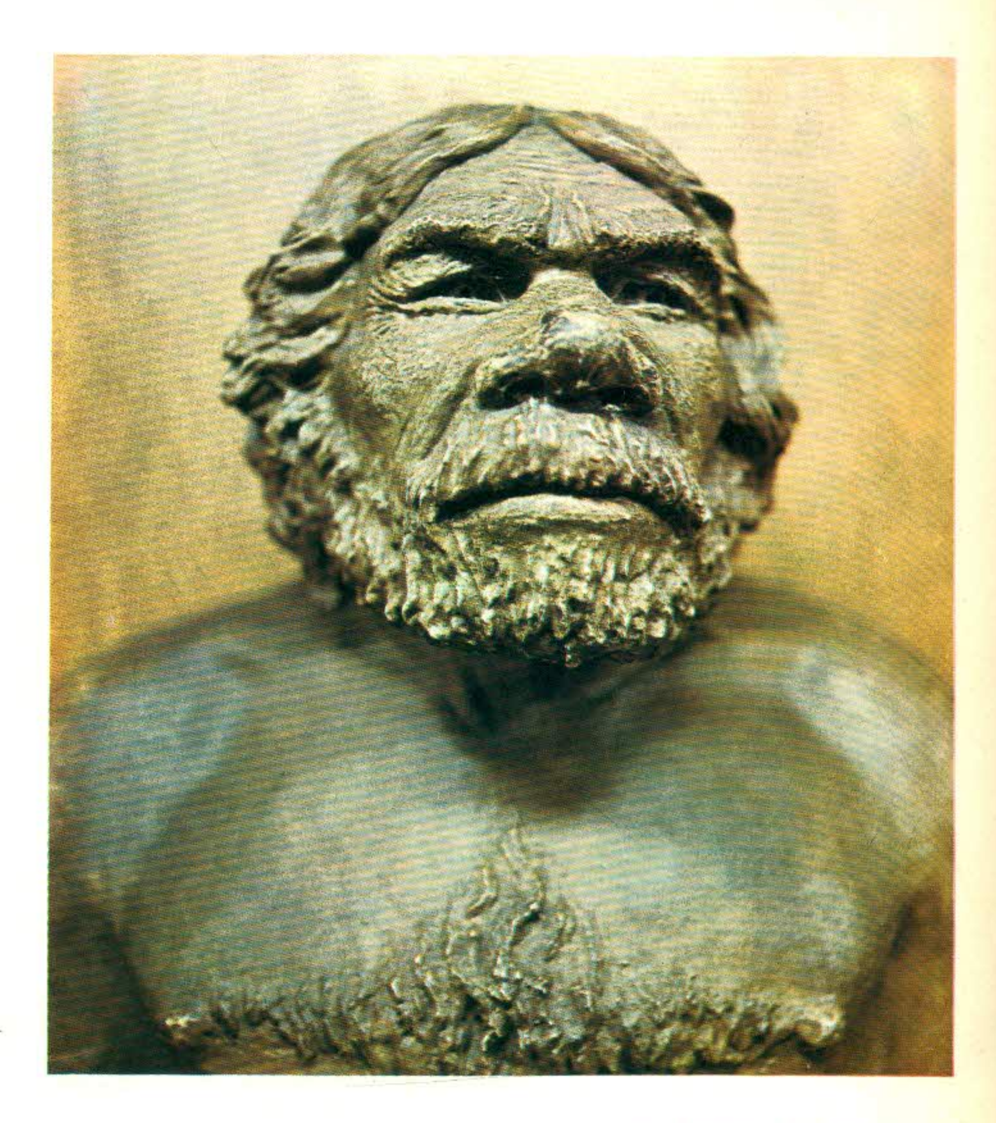
Puntas de flecha del período musteriense (Museo Arqueológico, Barcelona).

Neandertal con los de otros mamíferos, pudo demostrar que lo que para Virchow eran deformaciones artríticas, esto es, las curvaturas de los huesos de la pierna y del brazo, eran cosa normal en otros mamíferos superiores. Hoy tenemos restos de la raza Neandertal en todo el Viejo Mundo, agrupados en una serie antigua, del interglaciar Riss-Würm, y en otra serie más especializada y, por tanto, más diferenciada de la glaciación de Würm. Para citar sólo algunos de los más destacados hallazgos europeos mencionaremos los cráneos y esqueletos de La Quina, La Ferrassie y La Chapelle-aux-Saints en Francia, los cráneos de Spy en Bélgica, los de Saccopastore y del monte Circeo en la Italia central, la mandíbula de Bañolas y los cráneos de Gibraltar en España, los muy numerosos aunque deteriorados restos de Krapina, en Croacia, etc. Los numerosos restos de las cuevas del monte Carmelo en Palestina, los vestigios hallados hace pocos años en una cueva del Turkestán y otros más lejanos aún en Java, tienen su contrapartida en los restos de esta raza hallados cerca de Casablanca y en el llamado *Homo rodhesiensis,* que parece una rama sudafricana de este grupo.

El hombre de Neandertal, en conjunto, ofrece unos rasgos ciertamente arcaicos. Los más destacados son su dolicocefalia, que se exagera en un saliente occipital, y su falta de mentón, mientras el toro supraorbital es muy abultado y la bóveda craneana muy baja; la capacidad craneal es grande. Las extremidades superiores son más largas que las del hombre moderno en comparación con las inferiores, pero la hipótesis de que andaba inclinado hacia delante, en actitud algo simiesca, se ha visto que era un error. Este tipo de Neandertal, cuyo origen sería prematuro querer fijar hoy por hoy, parece coexistir por algún tiempo con los homínidos y crear individuos mestizos, difíciles de clasificar, pero al fin se extingue para dejar campo libre a otros hombres de mayor estatura y más capacitados, a los que conocemos con el nombre de raza de Cromagnon, perteneciente al paleolítico superior.

También de éstos se habían descubierto esqueletos desde 1823, pero como no se fijara la atención en los caracteres anatómicos que revelaban, pasaron casi inadvertidos hasta que, en 1868, Lartet exploró una gruta junto al pueblo de Cromagnon, en la Dordoña, donde se hallaron cinco esqueletos: uno de hombre adulto, dos de jóvenes, uno de mujer y otro de niño, que no eran neandertalenses.

Este y otros parecidos hallazgos antropológicos han permitido atribuir a las gentes que desarrollaron las citadas culturas a unas razas más o menos afines entre sí y todas ellas pertenecientes, sin duda, a la especie del hombre moderno, o sea el *Homo sapiens sapiens*. El contraste de esta raza con las de tiempos anteriores es patente, pero el origen y el proceso de formación de las mismas son desconocidos. En Predmost (Moravia) y en las cuevas del monte Carmelo han aparecido restos que cabe atribuir a un cruzamiento



El hombre de Neandertal, según reconstrucción efectuada en el American Museum of Natural History, de Nueva York.

Hachas de sílex empleadas por los hombres del paleolítico inferior (Museo Arqueológico, Barcelona).



Glaciar actual en Alaska. Durante el paleolítico superior, los hielos descendieron ampliamente por Europa, los animales emigraron también hacia el Sur y el hombre, al disminuir el número de aquéllos y ver que peligraba su dieta, se hizo pescador y varió el régimen de vida. A partir de este momento, los instrumentos de hueso acabarán por tener más importancia que los de sílex.

Cráneo del hombre de Chancelade, del tipo Cromagnon (Musée de l'Homme, París), la raza a que se adscribe el progreso del paleolítico superior.



entre las viejas y las nuevas poblaciones. Se supone que tales poblaciones pudieron llegar al occidente europeo desde comarcas del Próximo Oriente.

Sus representantes eran dolicocéfalos, altos, robustos, de cara ancha. Parecen ser los autores de la cultura auriñaciense. Ignoramos cómo se realizó la emigración, pero es evidente que hay un Cromagnon norteafricano en la llamada raza de Mechta-el-Arbi, característica de los tardopaleolíticos y mesolíticos del oraniense y del capsiense, que más tarde pasó a las islas Canarias, donde el tipo de Cromagnon puede contemplarse en la actualidad allí vivo. Un tipo humano más o menos contemporáneo del anterior es el llamado de Combe-Capelle, que corresponde a la cultura perigordiense y en el que parecen adivinarse algunos de los rasgos de la raza mediterránea que tendrá su difusión en los tiempos neolíticos. Ignoramos si la cultura solutrense va unida a otra variante humana; en todo caso, no se ha descubierto. Respecto a la del magdaleniense, la raza de Chancelade le ha sido atribuida. El hecho de que algunos de los caracteres de esta raza se han señalado entre los esquimales, los cuales ofrecen rasgos culturales que pueden tener una remota raíz en los magdalenienses, ha servido para imaginar una larga retirada de las gentes al final del pleistoceno, desde el norte de Europa al norte de América.

La importancia de esta etapa ya hemos dicho que es decisiva en la marcha progresiva de la humanidad. Con una densidad demográfica que en las comarcas privilegiadas podía ser semejante y aun superior a la que en tiempos modernos los etnólogos han conocido en ciertas regiones de vida primitiva de cazadores y recolectores, aquellas

gentes debían de poseer una incipiente organización social, con sus tribus, sus jefes y sus sacerdotes.

Prosiguiendo, pues, con nuestro estudio, examinemos los útiles de piedra que usaban los hombres prehistóricos europeos. Tanto los neandertalenses como los cromagnones vivieron en una primera época de la edad de la piedra, llamada paleolítica (de *palaios-lithos* en griego, o *antigua piedra)*, que se



LAS INDUSTRIAS DEL PALEOLITICO SUPERIOR EN LA EUROPA OCCIDENTAL

Indudablemente, las técnicas innovadas durante el paleolítico medio (musteriense) persistieron largo tiempo, por lo que recibieron los nuevos elementos culturales, que es probable llegaran de países orientales. Nos hallamos en la última etapa fría que ha conocido la Europa occidental en ese largo tiempo del Würm, con sus fases de agravación e interestadios de clima más suave. Todo ello, desde unos 40.000-30.000 años hasta 8.000 a. de Jesucristo, aproximadamente.

Durante estos largos milenios, el sudoeste de Francia constituyó el más importante foco de la época. Se combinaron el clima y la topografía de la región, con sus numerosas cuevas, la fauna y la vegetación, con la llegada de una nueva raza, la del hombre de Cromagnon, descubierta hace un siglo en el abrigo de su nombre en Les Eyzies, localidad que podríamos llamar la capital de la Francia paleolítica. El hombre de Cromagnon, de sólido esqueleto, tenía una mente ágil y un sentir estético que iban a producir el primer clímax de la historia de la humanidad en lo que llamamos la gran época de la caza. Se nota desde el primer momento la mejora de las técnicas de trabajo del sílex, que en lugar de las fuertes lascas y robustas puntas triangulares que se obtenían de pesados núcleos, éstos se disponen hábilmente para que produzcan hojas de las que se van a obtener utensilios muy diversos (buril, raspador, perforadores, sierras, puntas, etc.). Completando la riqueza de utillaje, el hueso y el asta se trabajan con rara fortuna. En tal fabricación hemos de reconocer las hábiles manos de artesanos especialistas.

Se puede dividir esta época en cuatro períodos: auriñaciense, paralelo con el perigordiense (gravetiense), el solutrense y el magdaleniense, aunque fuera de la Europa occidental, y aun en ella tampoco a todos los países, no se puede aplicar la misma secuencia. En su foco de origen, la industria de hojas llamada chatelperroniense, con sus puntas curvadas, es la que inicia esta época, siguiéndole el auriñaciense típico, muy rico en su material pétreo e incluso en el óseo (puntas de base hendida). La última fase de este primer ciclo lo constituye el gravetiense (de la estación francesa de La Gravette), caracterizado por el predominio de la técnica del dorso rebajado.

Hacia el 18000 a. de J. C. se produce una curiosa intrusión de una nueva técnica que pudo tener sus precedentes en el retoque bifacial aplicado a ciertas piezas ya en el paleolítico inferior y medio, especialmente en la Europa central. De la estación de Solutre, en Francia, esta industria recibe el nombre de solutrense. Pequeñas puntas delgadas y con forma de hoja de laurel o de hoja de sauce, a veces de gran tamaño, se retocan hábilmente en una o dos de sus caras con un retoque peculiar *(en pelure)*, de gran regularidad y belleza. El peso de las puntas pequeñas obliga a pensar que, enmangadas debidamente, debieron ser disparadas por medio del arco, aunque ningún resto de esta arma haya llegado hasta nosotros desde aquella época. Conocemos también la evolución de este tipo, desde las puntas en que el retoque superficial está empezando a invadir toda la pieza hasta las formas complejas de su evolución final: puntas asimétricas, de base cóncava, con muesca lateral, pedunculadas, pedunculadas con aletas, etc.

En España esta industria tuvo un magnífico desarrollo y, aunque hay que pensar que le llegó desde los ricos focos franceses, es innegable que en nuestro país se enriqueció con formas tan extraordinarias como las puntas de aletas y pedúnculo, identificadas por vez primera en la cueva del Parpalló (Gandía) y que, por su parecido con las neolíticas, han provocado intensas polémicas. Tales puntas van siempre acompañadas de las puntas de muesca de tipo levantino español, esto es, de técnica gravetiense.

El hecho curioso es que tales técnicas de las puntas foliformes, con retoque superficial por ambas caras, se hallan, en época más o menos contemporánea, en otros continentes. En África, donde se da la llamada cultura de Still-Bay, en el sur y este africanos, y el ateriense, industria de raíz musteroide y con abundancia de piezas pedunculadas, en el norte, desde el oasis del Kharga hasta la costa atlántica. En el centro y este de Europa se ha pensado en que el llamado szeletiense, de Hungría, podría ser el precedente directo del solutrense.

En la última fase de recrudecimiento del frío, en la zona nuclear de la Dordoña y tierras vecinas, durante lo que ha sido llamado período del reno, por la abundancia de este animal, nos hallamos ante una cultura muy peculiar, aunque tenga elementos en común con las precedentes. De la estación de La Madeleine ha recibido el nombre de magdaleniense. Es la última gran cultura de los pueblos cazadores de la era glaciar. Su duración pudo ser aproximadamente del 15000 al 8000 a. de Jesucristo. Cuando los hielos se retiraron a Escandinavia, esta cultura desaparece del occidente europeo al iniciarse la crisis del mesolítico.

Se la llamó época del reno por la abundancia de este animal, adaptado al frío, del que se aprovechaban la carne, la piel, los tendones y la cornamenta. No parece haberse dado al sur del Pirineo. Los orígenes del magdaleniense son oscuros, aunque parece formarse en las ricas comarcas de la Dordoña y sus vecinas, alargando sus ramificaciones hasta Polonia, por un lado, y la región de Valencia, en España. El abate Breuil estableció las etapas de su evolución en seis períodos y, aunque sus técnicas eran conocidas en períodos anteriores, empieza con una gran torpeza en el trabajo del sílex, mientras el hueso y el asta ofrecen las primeras materias más usadas para la fabricación del utillaje. La aguja de coser abunda, lo mismo que una gran variedad de azagayas, terminando con el invento del arpón. El arte mueble es riquísimo, habiéndonos dejado preciosas piezas, como los propulsores de lujo o los llamados bastones de mando.

Al decaer el magdaleniense occidental con el cambio climático, le sustituye una forma degenerada del mismo, el aziliense. En el Norte, el retroceso del hielo explica la extensión de las nuevas industrias, concretamente el llamado hamburguiense. Una tradición gravetiense en el trabajo del sílex se une a la técnica del hueso y el asta en estas culturas septentrionales, que tendrán su último reflejo en la cultura esquimal que, por los caminos de Siberia, entró en las tierras norteamericanas.

L. P.



Bóvido grabado en una plaqueta del Parpalló, correspondiente al período solutrense (Museo Arqueológico, Valencia).

"Hoja de laurel" del período solutrense (Museo Provincial de Prehistoria y Arqueología, Santander).



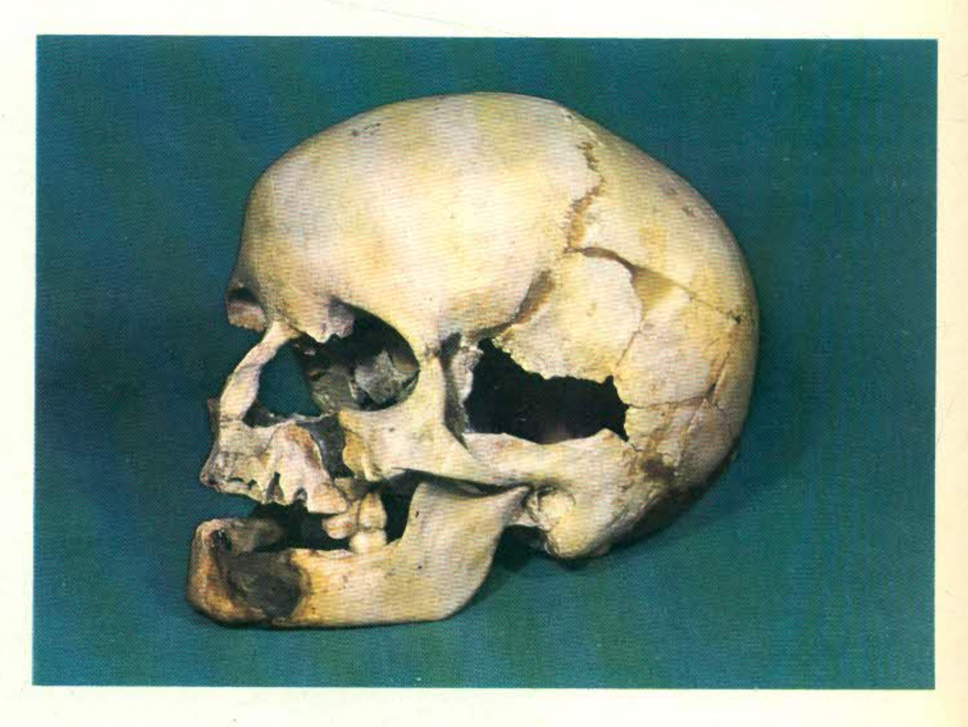
caracteriza porque los útiles de piedra son muy rudimentarios. El material es casi siempre el sílex, que se encuentra en terrenos areniscos formando nódulos o riñones de cuarzo. El sílex tiene la propiedad de que, siendo durísimo y aun poco frágil al darle golpes de plano, salta en lascas al golpearlo en sentido oblicuo. Los fragmentos dejan superficies de rotura concoideas, formando sus bordes un bisel cortante. Sin llegar nunca al pulimento perfecto, que obtendrá más tarde el hombre con otras piedras, el sílex se puede trabajar con roturas sucesivas, cada vez más finas, hasta que las facetas sean casi imperceptibles. El pedernal redondeado se llega a convertir en una lámina delgada, como una hoja de laurel o eucalipto. Cuchillos, hachas, puntas de lanza o de flecha se pueden labrar en el sílex de modo admirable.

Como muchas razas de América y Oceanía viven todavía hoy en la edad de la piedra, conocemos perfectamente la técnica de esta labra del sílex, que fue una de las primeras industrias humanas. El riñón de cuarzo se desbasta primero con golpes laterales y después se hacen saltar pequeñas lascas comprimiéndolo con un hueso. El hombre prehistórico utilizó el sílex sin competencia de ninguna otra clase de piedra durante muchos miles de años. Fue el material preferido para fabricar sus armas y útiles de trabajo y su tipología y retoque nos permiten seguir las distintas etapas culturales de los pueblos prehistóricos. La época o épocas del sílex duraron más que las posteriores épocas del bronce y del hierro, y que las del vapor y de la electricidad, que estamos viviendo todavía. Además, lo extraordinario es su identidad en los países más remotos: las hachas, cuchillos y raspadores de sílex en Japón, África y Asia Central guardan estrecho parentesco con los de Europa.

En la Europa prehistórica puede observarse más que en ninguna otra parte cómo los útiles de sílex evolucionan en formas y tallas que caracterizan diversos estados de cultura. Los nombres de estos períodos de la edad paleolítica son derivados también de pequeños lugares de Francia, la tierra clásica de la prehistoria. La primera sistematización fue propuesta por Mortillet en 1869, en su *Ensayo de clasificación de las cavernas, fundado en los productos de la industria humana.* Estos nombres se han conservado hasta hace poco, pues en la actualidad esta clasificación ha experimentado amplia variación con la inclusión de nuevos períodos y el desdoblamiento de algunos de los fijados ya por Mortillet.

Nosotros sólo nos fijaremos en los más característicos y bien comprobados. El primero, que Mortillet no distinguió todavía, es el *chelense,* del pueblo de Chelles, cerca

de París, donde se encontraron depósitos de hachas de sílex y restos de elefantes y de rinocerontes, y que hoy denominamos abbevilliense, en homenaje a la localidad donde Boucher de Perthes inició sus trabajos. El arma tipo es triangular y está labrada con grandes roturas por sus dos caras; debió de manejarse empuñándola con la mano; por esto los franceses la caracterizan con el nombre de *Coup-de-poing*, hacha de mano decimos en español, y a veces tiene dimensiones colosales, hasta 25 centímetros. Parece absurdo aceptar estas armas formidables como el primer útil del hombre en Europa, porque revelan ya un conocimiento de las propiedades del sílex que no puede obtenerse más que por larga experiencia. Y, en verdad, mucho se ha discurrido para probar la autenticidad de otros tipos más elementales de sílex, tallados por la industria humana, y aún se insiste en reconocer el trabajo en ri-

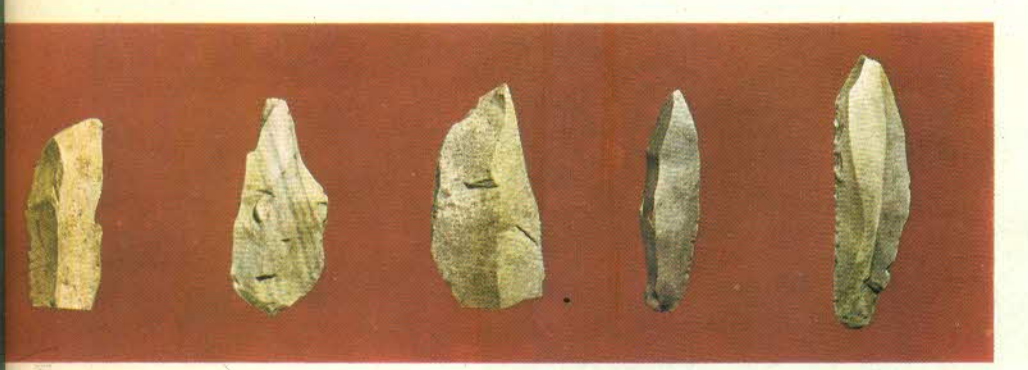


Cráneo solutrense hallado en el Parpalló (Museo Arqueológico, Valencia).

Aspecto de las grutas de Castellana, en Apulia (Italia). Al recrudecerse el clima en Europa, el hombre del paleolítico se refugió en las cuevas naturales, donde estableció su morada y sus lugares de culto.

Diorama del Museo Arqueológico de Barcelona que representa un hombre del paleolítico pintando en el interior de una caverna.

Industria lítica correspondiente al período magdaleniense (Museo Provincial de Prehistoria y Arqueología, Santander). En esta época, el trabajo de la piedra está en franco retroceso ante el desarrollo de la industria del hueso.

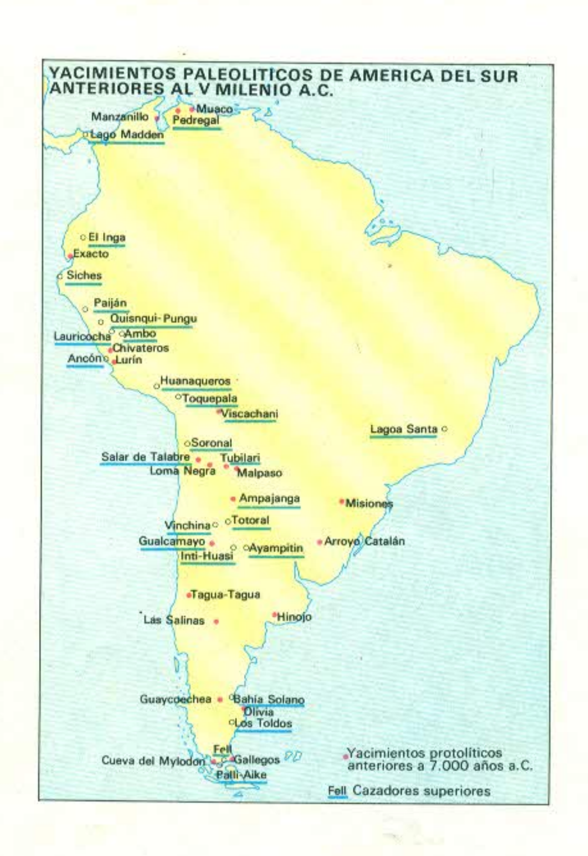


ñones de cuarzo toscamente fracturados que se han llamado *eolitos.* Pero, por desgracia, el sílex se rompe por la acción de las olas, por el arrastre de los ríos y aun por los cambios de temperatura muy bruscos, en formas muy parecidas a las de los eolitos, y aunque no hay duda de que el hombre pudo haber aprovechado en sus orígenes estos sílex fracturados naturalmente, y también haber hecho él mismo otros iguales, sólo en las hachas de mano aparece una forma regular y

simétrica que no pudo producirse sino por la mano del hombre.

A esta etapa le sigue el período llamado *achelense,* cuyas hachas son de más reducidas dimensiones y tienen forma triangular o acorazonada. Los avances de la técnica de la talla de la piedra son cada vez más manifiestos y se concretan de manera clara en el levalloisiense, donde se adopta la preparación del plano de percusión de la pieza, lo que permite un golpe técnicamente perfecto y un aprovechamiento casi total de los núcleos.

Cuando alcanzamos el último período interglaciar, en lo que se ha llamado paleolítico medio, aparece en el occidente de Europa una industria que tiene sus raíces en las que acabamos de describir y que se apoya sobre todo en la técnica de lascas preparadas, con las que se empieza a fabricar útiles especializados gracias a un inteligente retoque. Esta industria ha sido calificada de musteriense y su técnica es llamada con frecuencia mustero-levalloisiense. Sus dos elementos

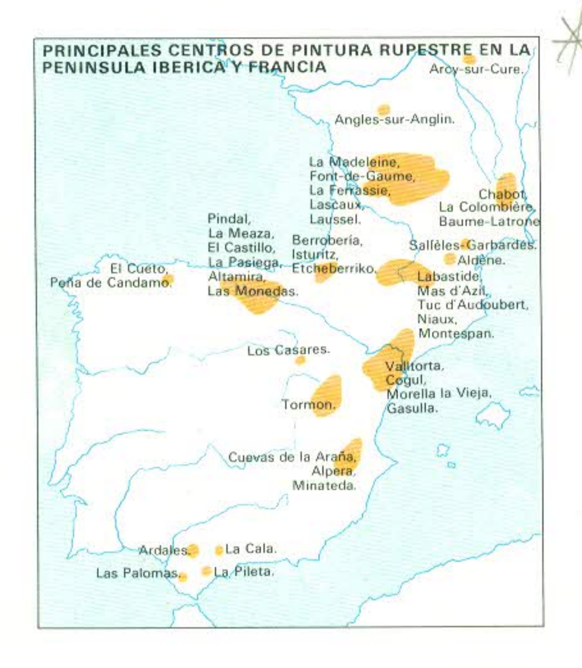


Arpones de hueso del período magdaleniense (Museo Provincial de Prehistoria y Arqueología, Santander).

Bisonte a la carrera, pintura de las cuevas de Lascaux.

fundamentales son la punta de bordes retocados y la raedera, además de hojas, algún buril y lascas diversas.

Hoy conocemos industrias de aspecto musteriense de casi todo el Viejo Mundo. En Africa hay multitud de yacimientos de este carácter. En Africa del Norte abunda una industria posterior, pero de raíz musteriense, el ateriense, caracterizada por sus útiles pedunculados; en Marruecos, cerca de Casablanca, se descubrió un yacimiento con musteriense clásico y sin contaminación ateriense. En la península ibérica es la época en que empezamos a tener yacimientos relativamente abundantes y en muy diversas regiones, en especial hallados en cuevas; incluso podemos ya imaginar que la población española debía de ascender a varios miles de individuos. En Francia hay yacimientos famosos, en especial en la Dordoña, que parece como si fuera el centro de Europa en la fase final del pleistoceno: Le Moustier, La Quina, La Chapelle-aux-Saints, etc. Siguen los yacimientos hacia el Este y cuando llegamos a Palestina encontramos los de las cuevas del monte Carmelo. Más allá se han excavado en los últimos años algunos yacimientos importantes en el Turkestán, y aun si saltamos a América hemos de encontrarnos con útiles de innegable técnica musteroide y levalloisoide.



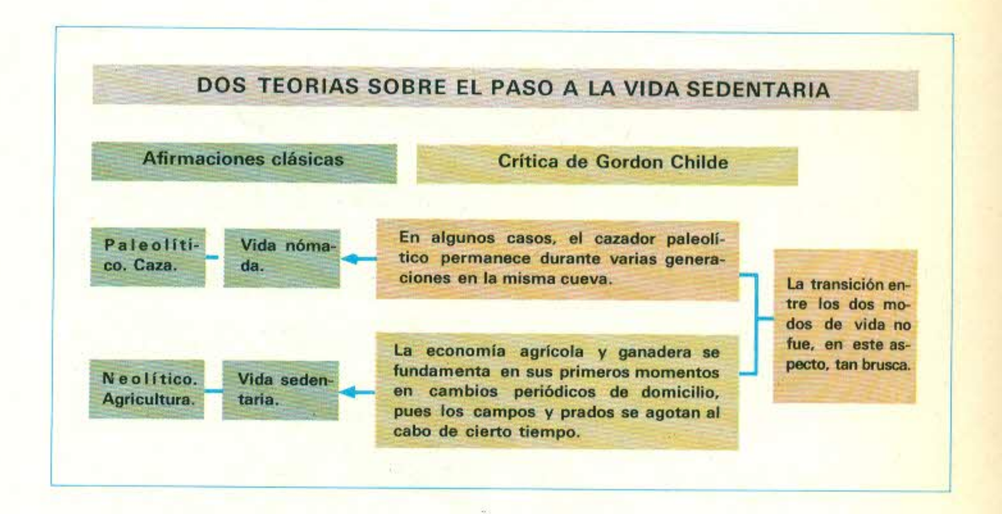
Esta cultura, que invade todo el mundo, pudo muy bien durar como mínimo cincuenta mil años. En todo caso es seguro que en el occidente de Europa perduró, por lo menos, hasta mediados de la última glaciación.

Estas técnicas innovadas durante el pa-

leolítico medio persistirían durante un largo período y posiblemente serían influidas por técnicas y elementos culturales de países orientales. Los prehistoriadores conocen esta etapa, que abarca desde el 40000 hasta el 8000 aproximadamente, con el nombre de paleolítico superior, y durante la misma, Europa occidental conoció el último período glaciar del Würm, interrumpido varias veces por interestadios de clima más benigno.

La talla de la piedra ha evolucionado y se ha perfeccionado mucho y, lo que es más importante, el utillaje se ha diversificado. Ya no se preparan unos útiles que sirven para todo, sino que se ha creado un instrumento para cada necesidad. Hojas, buriles, raspadores, sierras, puntas, perforadores, etc., son los principales útiles en piedra, pero este utillaje se completa con otras piezas talladas en hueso y asta, lo que revela la existencia de unos auténticos artesanos.

Podemos dividir el paleolítico superior en cuatro períodos: *auriñaciense,* paralelo con el *perigordiense (gravetiense),* el *solutrense* y el *magdaleniense,* aunque no siempre esta secuencia sea clara.



El auriñaciense es muy rico en su material pétreo e incluso en el óseo (puntas de base hendida), en tanto el gravetiense se caracteriza por la punta de dorso rebajado. Aparecen luego las puntas pequeñas de sílex, que han sido utilizadas para flechas disparadas con propulsor o con arco, con perfecto retoque bifacial y formas de hoja de laurel

Bisonte de la cueva de Altamira (Santander).



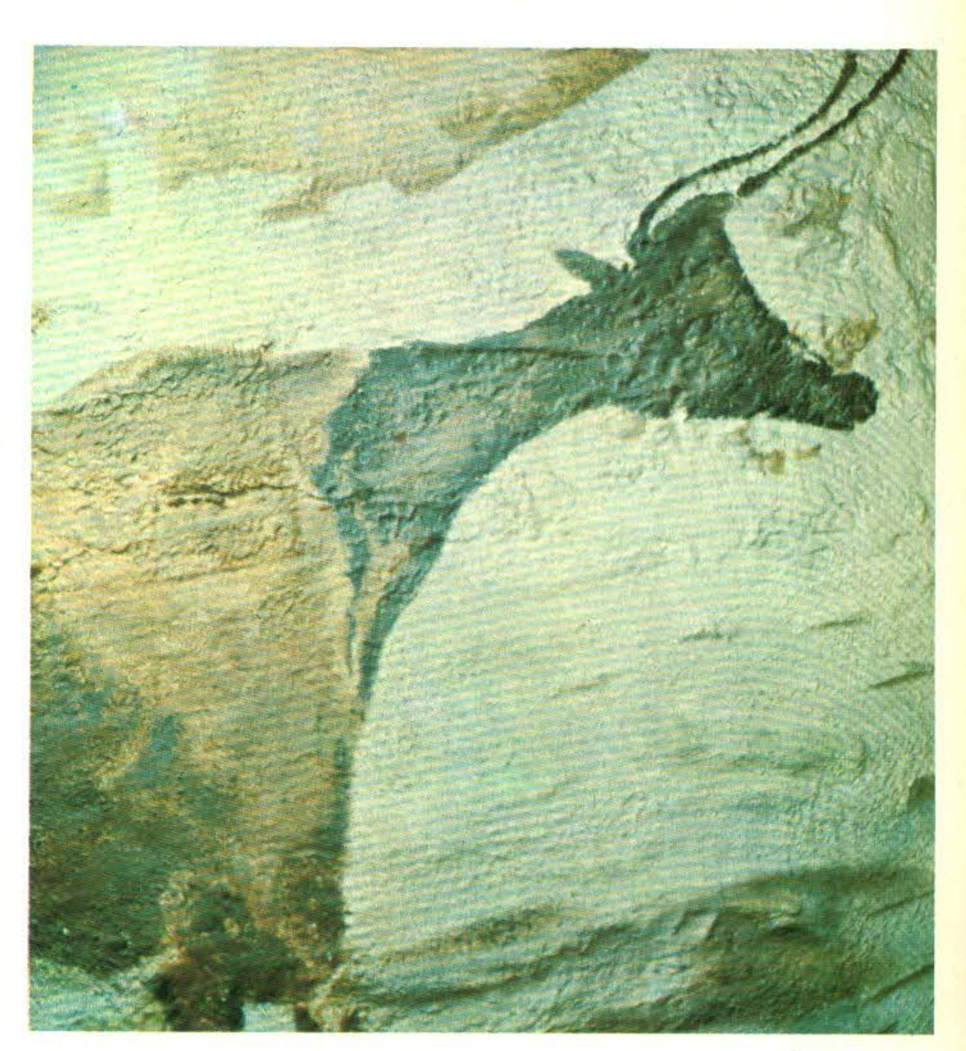
o parecidas. Esta fase es llamada solutrense, se suele considerar de corta duración, sitúase alrededor de hace unos 15.000 años y acaso convive en algún momento con la cultura que le va a suceder, la última de la era glaciar y muy característica, la llamada magdaleniense. La cultura magdaleniense ve el retroceso de la técnica del sílex, mientras el hueso y el asta ocupan un lugar predominante en el utillaje y el armamento. El magdaleniense se prolonga hasta una fase ya posglaciar, en un llamado epipaleolítico, al que haremos referencia más adelante.

Si el lector ha tenido la paciencia de leer con detenimiento lo que va de este capítulo, habrá notado que por ahora sólo hemos hablado de los esqueletos de los hombres prehistóricos y de sus armas e instrumentos de piedra... Ello es casi todo lo que sabemos del paleolítico inferior. Si algo añadiéramos, no serían sino conjeturas, basadas en la comparación de sus huesos y sus armas con las que usan hoy los primitivos actuales. Y a decir verdad, si un diente o una vértebra han bastado muchas veces para reconstruir un animal entero, una hacha de piedra pue-

Azagayas de asta empleadas durante el magdaleniense (Museo Provincial de Prehistoria y Arqueología, Santander).



Arpón del período magdaleniense (Museo Provincial de Prehistoria y Arqueología, Santander).



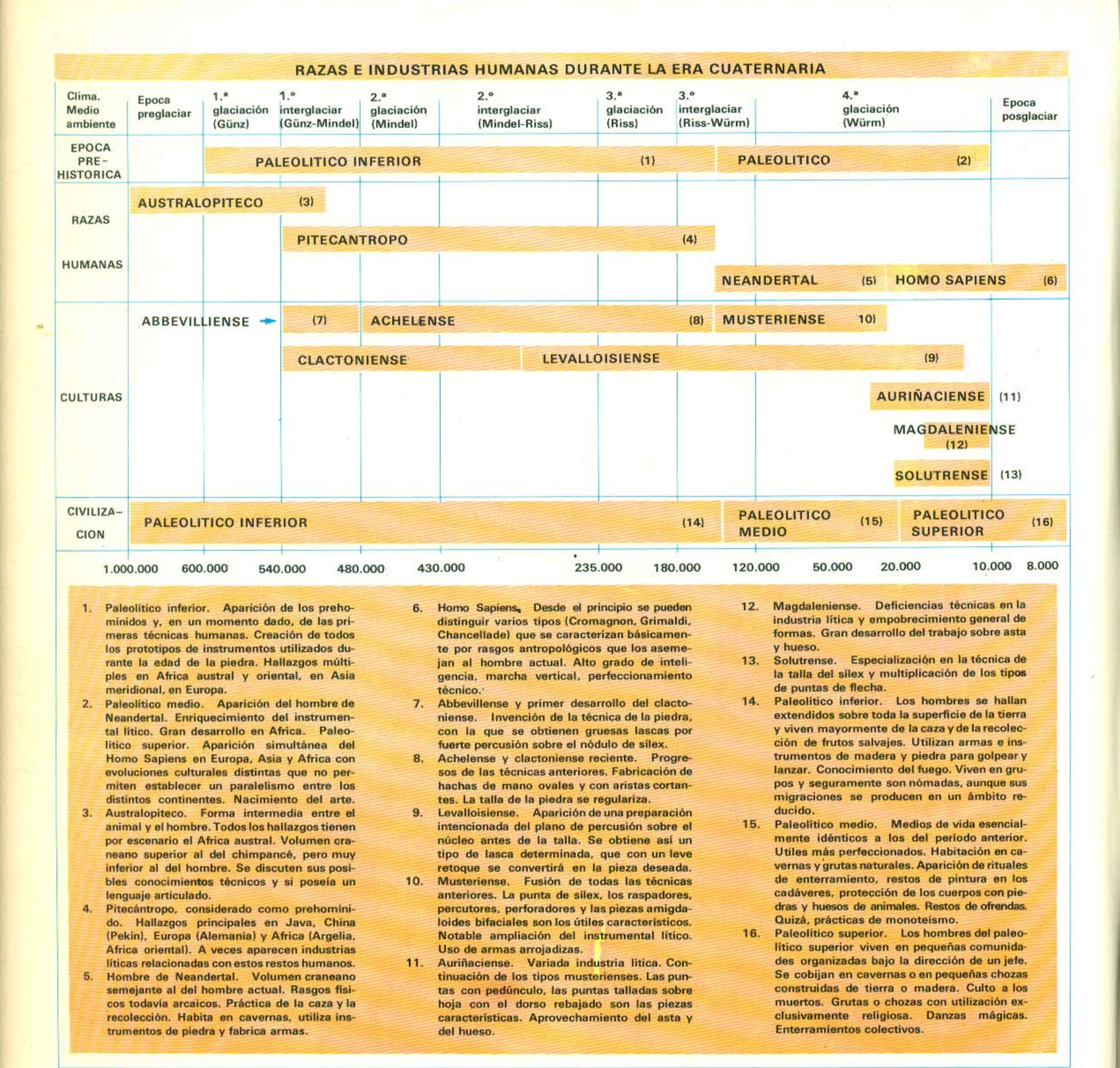
Bóvido pintado en el friso de las cuevas de Lascaux.

de ser suficiente para determinar una cultura. Pero sería repetir lo que hemos dicho en los capítulos anteriores, al tratar de describir los albores de la civilización entre los salvajes modernos. Una sola cosa podríamos añadir: que estas piedras que proporcionaban a los hombres primitivos armas para cazar y para la defensa debieron de tallarse desde un principio según un ritual misterioso. Los indios de la Baja California todavía hoy labran sus sílex juntándose de dos en dos y modulando un canto litúrgico, siempre el mismo para este trabajo. También es fácil que los instrumentos de piedra se utilizaran como monedas y se acumularan a modo de objetos preciosos. En Torralba, una estación española del paleolítico inferior, apareció una serie de colmillos de mamut y elefante, alineados como los tesoros de marfil que se encuentran a menudo en Africa. El hombre cuyo mayor tesoro, cuya perla de más precio sea la confianza en su dios y en sus hermanos..., éste ciertamente no es el primitivo hombre prehistórico, que vive ya acumulando piedras y colmillos.

Esto es todo lo que podemos decir del tipo de cultura representado por el hombre *Presapiens*, pero ya no ocurrirá lo mismo al tratar de los períodos sucesivos. Además de sus esqueletos y sus instrumentos existen otros objetos, pues estos hombres empiezan a adornarse y a menudo encontramos sus huesos mezclados con conchas en disposición que parece indicar que estaban formando cinturones, brazaletes y collares. Nadie

EDAD, ESTIMADA A SU FALLECIMIENTO, DE 187 RESTOS FOSILES HUMANOS
(según Vallois)

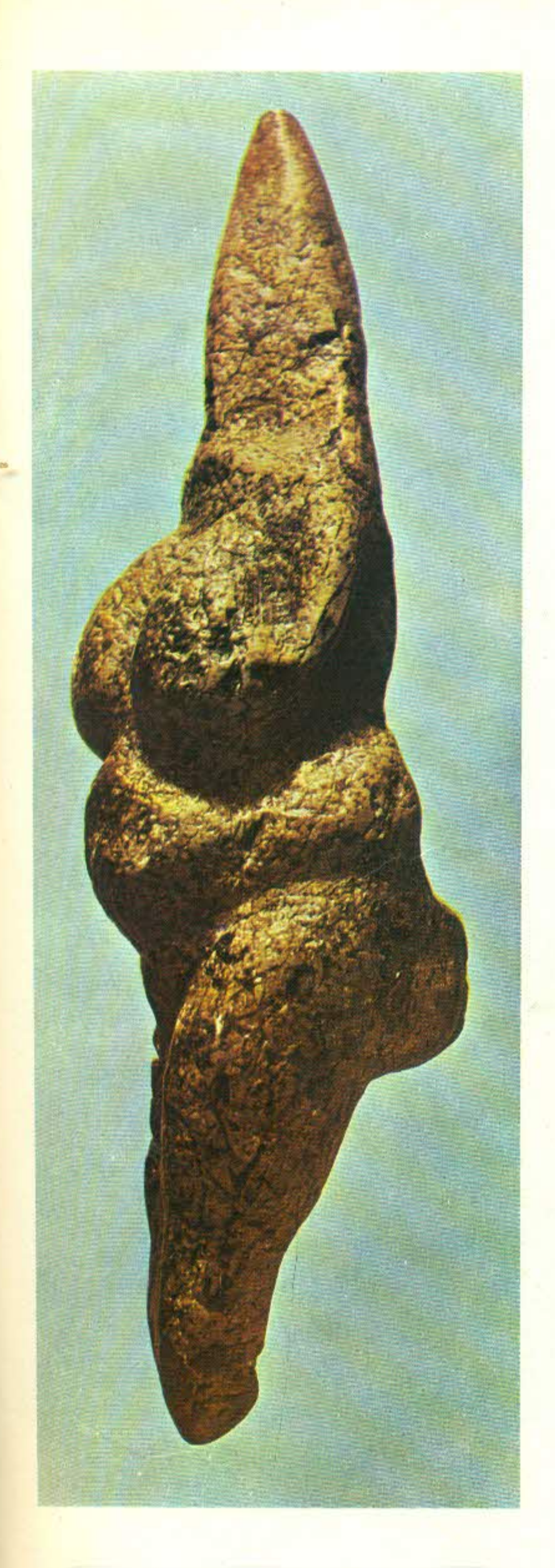
GRUPO DE EDAD	NEANDERTHAL		PALEOLITICO SUPERIOR		MESOLITICO	
	NUMERO	PORCENTAJE	NUMERO	PORCENTAJE	NUMERO	PORCENTAJE
0-11	8	40	25	24'5	20	30'8
12-20	3	15	10	9'8	4	6'2
21-30	5	25	28	27'4	32	49'3
31-40	3	15	27	26'5	6	9'2
41-50	1	5	11	10.8	1	1'5
51 y más	–	–	1	1	2	3
TOTAL	20	100	102	100	65	100



1. Paleolítico inferior. Aparición de los prehomínidos y, en un momento dado, de las primeras técnicas humanas. Creación de todos los prototipos de instrumentos utilizados durante la edad de la piedra. Hallazgos múltiples en Africa austral y oriental, en Asia meridional, en Europa.
2. Paleolítico medio. Aparición del hombre de Neandertal. Enriquecimiento del instrumental lítico. Gran desarrollo en Africa. Paleolítico superior. Aparición simultánea del Homo Sapiens en Europa, Asia y Africa con evoluciones culturales distintas que no permiten establecer un paralelismo entre los distintos continentes. Nacimiento del arte.
3. Australopiteco. Forma intermedia entre el animal y el hombre. Todos los hallazgos tienen por escenario el Africa austral. Volumen craneano superior al del chimpancé, pero muy inferior al del hombre. Se discuten sus posibles conocimientos técnicos y si poseía un lenguaje articulado.
4. Pitecántropo, considerado como prehomínido. Hallazgos principales en Java, China (Pekín), Europa (Alemania) y Africa (Argelia, Africa oriental). A veces aparecen industrias líticas relacionadas con estos restos humanos.
5. Hombre de Neandertal. Volumen craneano semejante al del hombre actual. Rasgos físicos todavía arcaicos. Práctica de la caza y la recolección. Habita en cavernas, utiliza instrumentos de piedra y fabrica armas.
6. Homo Sapiens. Desde el principio se pueden distinguir varios tipos (Cromagnon, Grimaldi, Chancellade) que se caracterizan básicamente por rasgos antropológicos que los asemejan al hombre actual. Alto grado de inteligencia, marcha vertical, perfeccionamiento técnico.
7. Abbevillense y primer desarrollo del clactoniense. Invención de la técnica de la piedra, con la que se obtienen gruesas lascas por fuerte percusión sobre el nódulo de sílex.
8. Achelense y clactoniense reciente. Progresos de las técnicas anteriores. Fabricación de hachas de mano ovales y con aristas cortantes. La talla de la piedra se regulariza.
9. Levalloisiense. Aparición de una preparación intencionada del plano de percusión sobre el núcleo antes de la talla. Se obtiene así un tipo de lasca determinada, que con un leve retoque se convertirá en la pieza deseada.
10. Musteriense. Fusión de todas las técnicas anteriores. La punta de sílex, los raspadores, percutores, perforadores y las piezas amigdaloides bifaciales son los útiles característicos. Notable ampliación del instrumental lítico. Uso de armas arrojadizas.
11. Auriñaciense. Variada industria lítica. Continuación de los tipos musterienses. Las puntas con pedúnculo, las puntas talladas sobre hoja con el dorso rebajado son las piezas características. Aprovechamiento del asta y del hueso.
12. Magdaleniense. Deficiencias técnicas en la industria lítica y empobrecimiento general de formas. Gran desarrollo del trabajo sobre asta y hueso.
13. Solutrense. Especialización en la técnica de la talla del sílex y multiplicación de los tipos de puntas de flecha.
14. Paleolítico inferior. Los hombres se hallan extendidos sobre toda la superficie de la tierra y viven mayormente de la caza y de la recolección de frutos salvajes. Utilizan armas e instrumentos de madera y piedra para golpear y lanzar. Conocimiento del fuego. Viven en grupos y seguramente son nómadas, aunque sus migraciones se producen en un ámbito reducido.
15. Paleolítico medio. Medios de vida esencialmente idénticos a los del período anterior. Utiles más perfeccionados. Habitación en cavernas y grutas naturales. Aparición de rituales de enterramiento, restos de pintura en los cadáveres, protección de los cuerpos con piedras y huesos de animales. Restos de ofrendas. Quizá, prácticas de monoteísmo.
16. Paleolítico superior. Los hombres del paleolítico superior viven en pequeñas comunidades organizadas bajo la dirección de un jefe. Se cobijan en cavernas o en pequeñas chozas construidas de tierra o madera. Culto a los muertos. Grutas o chozas con utilización exclusivamente religiosa. Danzas mágicas. Enterramientos colectivos.

puede negar el carácter de enterramiento ritual en que aparecen algunos hallazgos neandertalenses, lo que demuestra la creencia en unas ideas espirituales. Estos caracteres se evidencian todavía más en los hombres del paleolítico superior.

Que los cromagnones se pintaban el cuerpo con ocre y manganeso es indudable, pues se han encontrado hasta los recipientes en que guardaban sus colores. Más todavía: al enterrarlos se procuraba que el cadáver los tuviera abundantes en su sepulcro, como si, después de muerto, él o su espíritu necesitasen pintarse con figuras totémicas. En ciertos casos, el rito funerario obligaba a descarnar los huesos completamente y a pintar el esqueleto de rojo y ocre. Uno de los primeros cráneos de la raza Cromagnon que se encontró en Inglaterra estaba tan completamente teñido, que se llamó desde un principio *La dama roja*. ¿Qué se proponían los hombres de la Europa prehistórica con

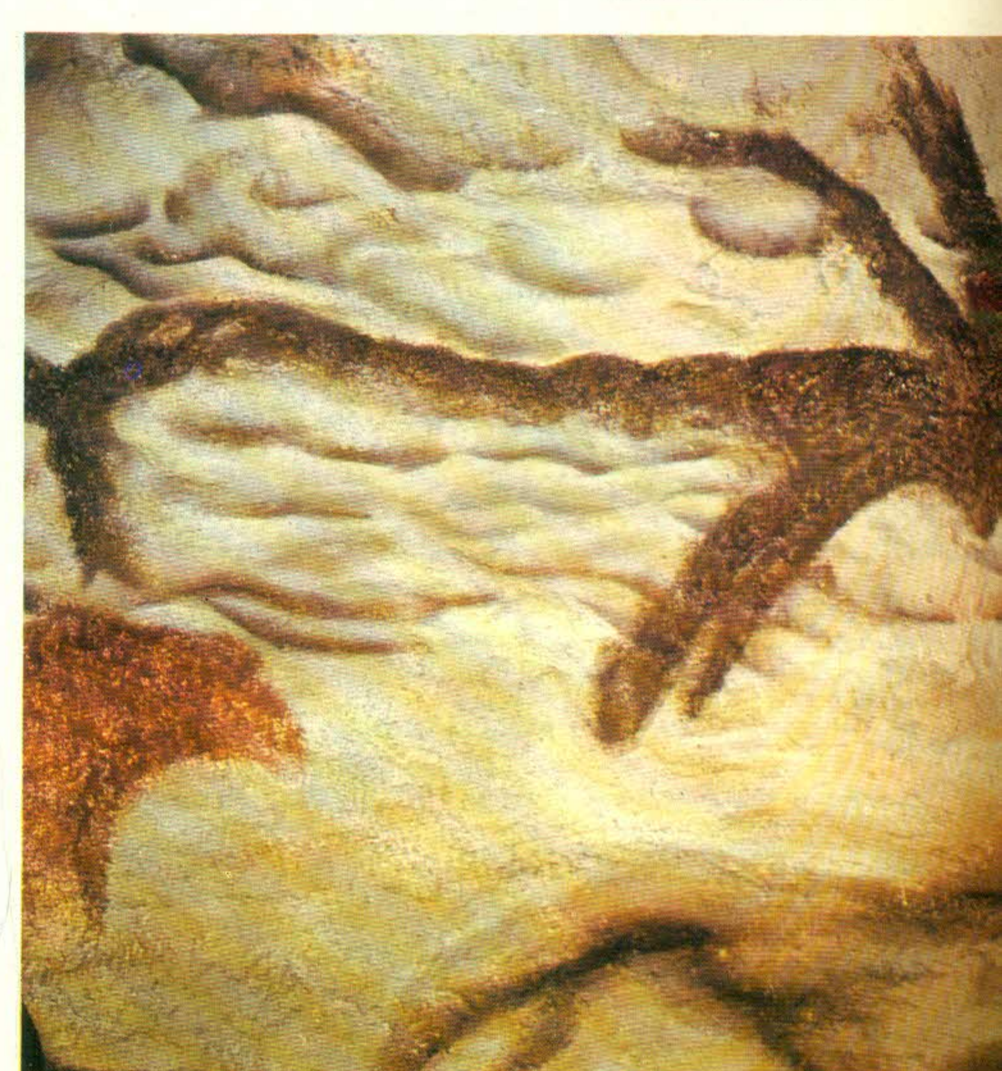


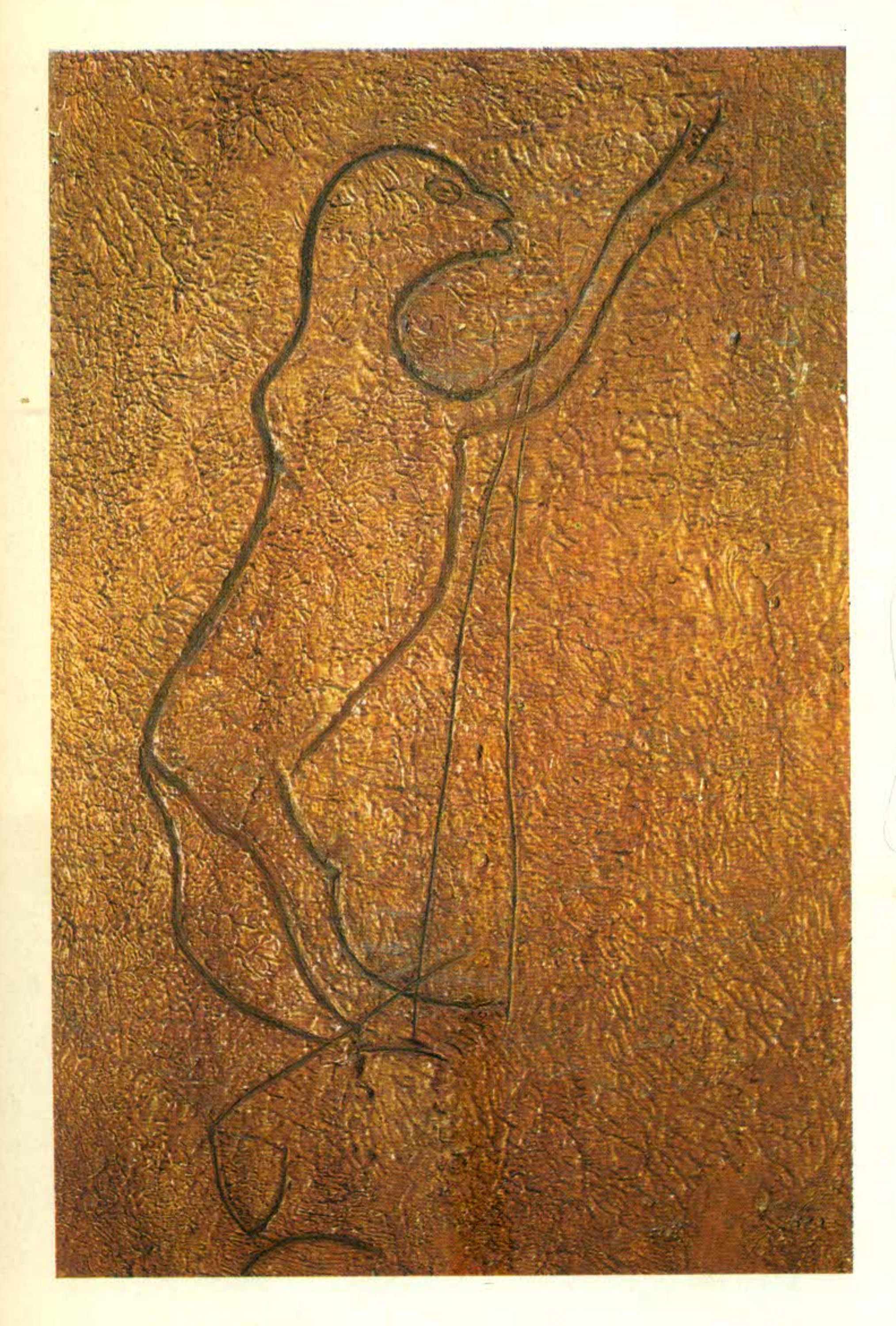
Venus de Savignano (Museo Pigorini). Los hallazgos de escultura procedentes del paleolítico superior que representan figuras femeninas de formas abultadas permiten relacionarlas con cultos antiquísimos de diosas de la fecundidad.

esta operación de limpiar los huesos y pintar el esqueleto? ¿Quisieron acaso revestir al muerto de algo permanente que diera idea de la vida de la carne? ¿O se pretendía que el muerto, con el color de su raza o de su tribu, fuese a encontrar al tótem personal para cruzar juntos las selvas vírgenes de un Olimpo prehistórico?

Desconocemos las primeras etapas del lenguaje, pero no dudamos de que una cultura creadora de tantas cosas como fue la del paleolítico superior debía tener un apoyo firme en una lengua ya formada y apta para una intensa relación social, y aunque tuviera una fonética complicada, como la de muchos primitivos actuales, había de ser rica en matices. Muchas formas de vida social y religiosa que en tiempos posteriores aparecerán por el mundo tienen aquí su raíz. Y lo mismo cabe decir de numerosos inventos que prueban la aguda inteligencia de aquellas gentes. Pulían la piedra si hacía falta; conocían un trenzado de fibras o prototeji-

Macho cabrío representado en las cuevas de Lascaux.





Antropomorfo de la cueva de Hornos de la Peña (Santander), reproducido en un panel del Museo Arqueológico de Barcelona. El hombre del paleolítico, que representó en abundancia a los animales que cazaba, fue muy parco en reflejarse a sí mismo, y, cuando lo hizo, se figuró como brujo o danzante en alguna ceremonia de caza.

do, acaso una tosca cerámica; inventaron el arco y múltiples útiles como la aguja de coser, símbolo de una herencia que no hemos logrado mejorar en diez mil años.

Pero todos estos elogios y acercamiento de ellos a nosotros podrían parecer exagerados si no tuviéramos el irrebatible argumento que nos proporciona el arte. Por los restos que poseemos en la actualidad, podemos inferir que el foco de origen del arte paleolítico hay que buscarlo en la Europa occidental. Pero no podemos negar la posibilidad de que con mayores estudios en países orientales haya que modificar nuestro punto de vista.

El arte cuaternario tiene múltiples aspectos. Una separación clara se establece entre el llamado arte mueble y el rupestre, o sea en las paredes de cuevas o abrigos. Aquel arte tiene su primera manifestación en las figurillas representando por lo general mujeres con sus características sexuales exageradas, símbolo de la fecundidad e indicio de un culto que se mantuvo hasta tiempos clásicos. Piezas preciosas, reveladoras de un sentido artístico moderno, son, por ejemplo, las llamadas Venus de Lespugue (Francia) y Willendorf (Austria). Ese tipo se extiende por Italia, Checoslovaquia, Rusia y Siberia, donde alcanza la región de Malta, junto al lago

LOS PRIMEROS HALLAZGOS DE PINTURAS PALEOLITICAS

1875 Marcelino de Sautuola inicia sus excavaciones en Altamira: descubrimiento de las pinturas negras, a las que atribuye la misma antigüedad que a los depósitos de la cueva.

1879 La hija de Sautuola descubre las pinturas policromas.

1880 Sautuola publica las pinturas, suponiéndolas pertenecientes al período paleolítico. En general, la validez del descubrimiento no es reconocida.

1895 E. Rivière publica un estudio sobre la cueva de La Mouthe (Dordoña), en la que aparecían grabados parietales.

1896 E. Daleau da a conocer el arte parietal de la cueva de Pair-non-Pair (Gironda), que aparece recubierta por depósitos que contienen industrias de piedra tallada.

1901 Capitan, D. Peyrony y el abate Breuil descubren las cuevas de Combarelles y Font-de-Gaume.

1902 E. Cartailhac: "Mea culpa d'un sceptique", reconocimiento de la autenticidad del arte paleolítico a la vista de los hallazgos en Font-de-Gaume.
Proliferación de los descubrimientos en Dordoña y las montañas Cantábricas.



Bastón de mando de la cueva del Pendo, con representaciones de ciervos y caballos (Museo Provincial de Prehistoria y Arqueología, Santander).

INSTRUMENTAL ESENCIAL DEL HOMBRE EN EL PALEOLITICO Y MESOLITICO

PALEOLITICO	MESOLITICO
hacha	aparejo de pescar
cuchillo	azuela
sierra	gubia
desbastador	escoplo
rascador	trineo
maza	piragua
lezna	
utensilios para perforar	
aguja de marfil	
venablo	
arpón	
arco	
arrojavenablos	

Baikal. Pero en esta prolongación oriental va tomando formas esquemáticas y geométricas. Obras bellísimas se dan en los relieves sobre lajas, en los grabados sobre piedra, hueso o asta, en las siluetas recortadas en hueso e incluso en las plaquitas pintadas. Por último, el arte mueble comprende la decoración en relieve o grabado de los objetos, útiles o armas de uso corriente, con el afán de embellecerlos aliado a una idea mágica. El número de tales piezas asciende a muchos millares y crece continuamente.

El gran arte se nos da en unos pocos frisos esculpidos e incluso en alguna rara

EL ARTE CUATERNARIO EN OCCIDENTE

El arte cuaternario es el capítulo más atractivo de la prehistoria. Tiene dos manifestaciones distintas: la del llamado arte mobiliar o mueble y la del arte parietal o rupestre. Lo que llamamos arte mueble o mobiliar cuenta con miles de ejemplares que se pueden agrupar en diversas categorías. Una de las más interesantes y antiguas es la escultura, bien en estatuillas, relieves, murales o en objetos de uso corriente. Las estatuillas femeninas, de hueso, marfil u otras materias, tienen el encanto de darnos imágenes de aquella humanidad, en las que los rasgos sexuales se exageran, todo dentro de un convencionalismo más o menos acusado.

El ejemplar más occidental que se conoce es el mejor y procede de la cueva de Lespugue (Lourdes). Se labró en marfil y mide 14 cm de altura. Como detalle curioso lleva una especie de faldellín de fibras trenzadas o colgantes en la parte posterior del cuerpo. En la misma Francia se hallaron las figuritas de marfil de Brassempouy (Landas); las de Grimaldi, de hueso o esteatita; la llamada Venus impúdica de Laugerie Basse y otras Venus de más rara factura. Siguen los ejemplares de Italia, Alemania, Checoslovaquia (con una cabecita deliciosa, hallada en Vistonice, con rasgos faciales claros, la más expresiva acaso de las representaciones humanas de aquella época).

Hay también preciosas estatuillas que representan animales, y no menos impresionantes resultan los relieves con representaciones de Venus (Laussel), animales (caballos de Lourdes y de Mas d'Azil), contornos recortados, etc. Propulsores de lujo y "bastones de mando" se decoran, como lo hace todavía el hombre moderno, con verdaderas joyas artísticas en que los animales representados, de bulto, en relieve o grabados, aparecen modelados de modo realista.

Menos espectaculares, pero con gran variedad de asuntos y con la cronología asegurada por haberse encontrado sus muestras en niveles conocidos, son los millares de grabados y, en algunos casos, relieves sobre piedra y hueso. Estos dibujos, obtenidos con el manejo del buril de sílex, suelen ser más pequeños que los del arte parietal y van desde el auriñaciense y el gravetiense hasta el magdaleniense final, con su apogeo durante este último período del paleolítico. Hay ejemplares destacados, como los relieves y grabados sobre piedra de Anglès-sur-Anglin con restos de pintura (entre ellos el rostro de un hombre); los grabados con rostros humanos sobre piedras de la Grotte de la Marche; los ciervos y salmones de Lortet; una gamuza en Gourdan; el león y otros animales de la cueva de La Vache (Ariège); un bisonte de Laugerie Haute; un ortóptero en un hueso de la cueva de Trois Frères. No suele haber escenas, pero alguna vez se dan, incluso con cierto sentido del humor, como ocurre con un hueso de Isturitz, en que un hombre contempla ávidamente a una mujer desnuda.

El arte mural posee una mayor grandiosidad y por ello no es extraño que el gran público lo conozca mejor. Suman ya un centenar las cuevas pintadas con arte cuaternario en Francia y España, en lo que se llamó provincia franco-cantábrica y que hay que denominar mejor cántabro-aquitana o hispano-francesa. Si hace unos años fue Francia la que iba a la cabeza en nuevos descubrimientos (Lascaux en 1940, Rouffignac en 1956), ahora es España la que, debido a la creciente afición a la arqueología y a la espeleología, va agregando nuevas cavernas pintadas a la ya larga serie de sus tesoros rupestres. Así en los últimos años se han agregado preciosos ejemplares con el descubrimiento de la cueva de Nerja en Málaga, Maltravieso en Cáceres, Tito Bustillo en Ribadesella (Asturias), Altxerri en Orio y Ecaín en Cestona (las dos últimas en Guipúzcoa).

El arte rupestre comprende relieves, grabados y pinturas. El relieve no es frecuente, pero ofrece algunas bellas muestras como el friso solutrense de Le Roc-de-Sers, indudable lugar de culto, con su serie de animales dispuestos en semicírculo; los caballos de Cap Blanc o la serie de representaciones claramente femeninas en la pared de la cueva de Anglès-sur-Anglin. Grabados hay muchos y siempre difíciles de interpretar.

Donde alcanza todo su esplendor el arte rupestre es en las pinturas. Estas aparecen en las salas y galerías interiores de las cavernas, a veces lejos de la entrada y con pasos difíciles para llegar a ellas. Lo corriente es que se representen animales aislados, de gran tamaño, aunque no faltan algunos grupos o manadas.

La técnica puede ser simplemente la de silueta, en trazo continuo o puntillado (cueva de Covalanas), reforzado a veces por una línea grabada. O bien se llena de color toda la figura, con la llamada tinta plana. Sólo en algunos casos, como en Altamira, Font-de-Gaume, Lascaux, Castillo, se alcanza una verdadera policromía. Se obtiene en ciertos casos un efecto de relieve aprovechando las protuberancias de la roca para adaptar a ellas el cuerpo del animal representado; tal ocurre en Altamira.

Para el grabado se empleaba el buril de sílex. Para la pintura se usaban pinceles de fibras vegetales o pelo animal o simplemente se aplicaba el color con el dedo. El color se obtenía del carbón, ocre y otras sustancias mezcladas con jugos vegetales, grasa animal, huevos y sangre; sus tonos van del negro al pardo y hasta el blanco. Las lámparas de piedra con mecha y grasa, como las de los esquimales, junto con las antorchas eran su único sistema de iluminación y calefacción.

La lista de animales representados varía según las épocas, por causas desconocidas. Dominan el caballo, cabra montés, ciervo, bisonte, mamut y reno, aunque estos dos últimos sean raros en España. Menos frecuentes son el rinoceronte, toro, lobo, oso, león, gamo, gamuza, antílope saiga, jabalí, aves y peces, estos últimos, raros. Muchos de ellos desaparecieron de nuestras comarcas con el final del pleistoceno.

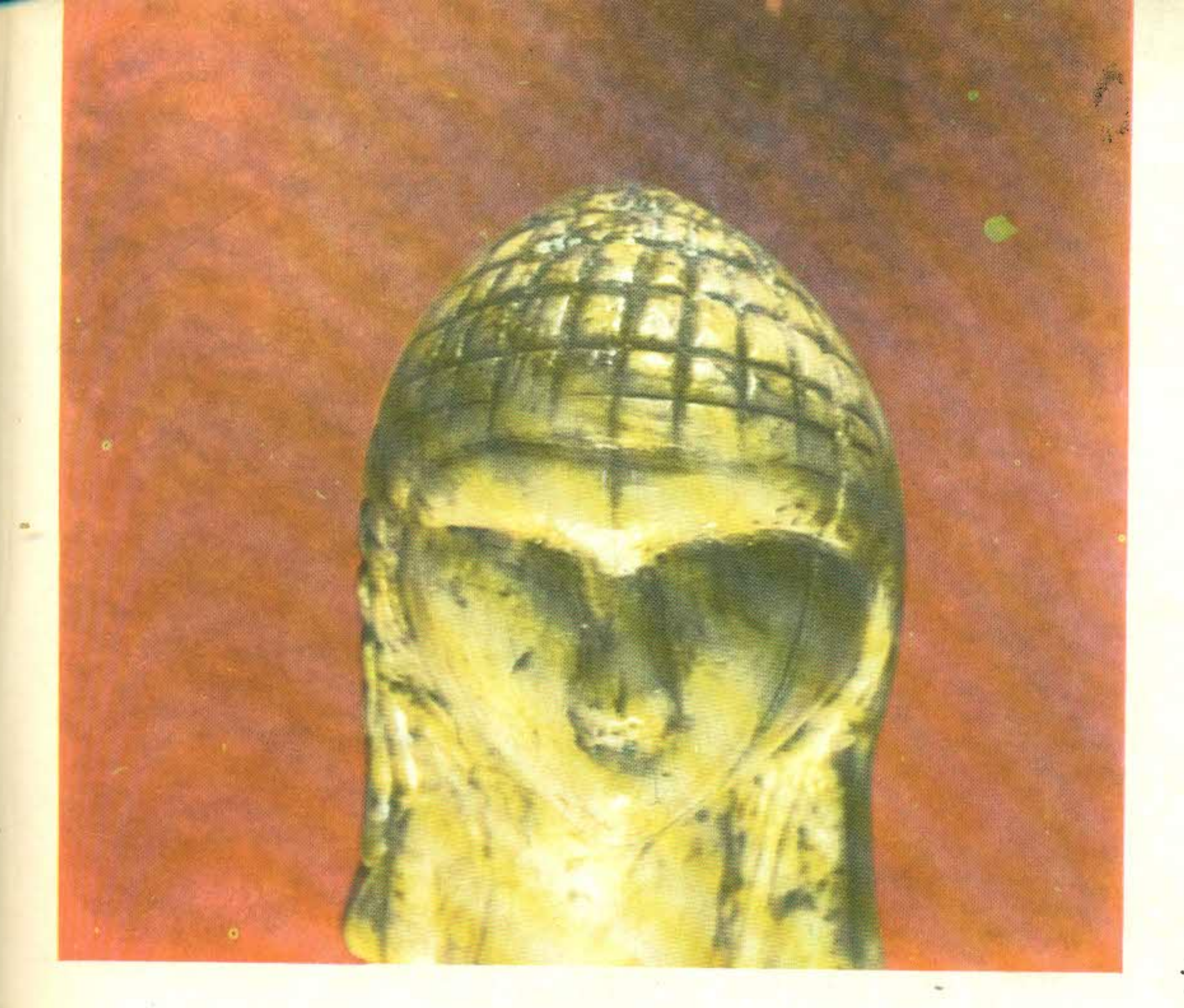
Citemos los yacimientos más destacados. En el centro de Francia, en la Dordoña, se halla el centro más importante, como si fuera la capital de aquel grupo humano que allí habitó a lo largo de muchos miles de años: Font-de-Gaume, Combarelles, Bernifal, La Mouthe, Rouffignac, tan discutido, y Lascaux. Este último es excepcional y disputa la primacía a Altamira. Por desgracia, el deterioro de los colores ha obligado a cerrarlo al público. La cueva de Cabrerets, en el Lot, nos lleva a las cuevas pintadas pirenaicas, entre las que destacamos Niaux, Le Portel, Mas d'Azil, Tuc d'Audoubert, Trois Frères, Marsoulas, Montespan y Gargas. En el valle del Ródano y al Sudeste hay varias cuevas menos importantes, pero que ofrecen el interés de enlazar las pinturas hispánicas de la zona mediterránea con el arte rupestre italiano, como si hubieran formado una provincia, más sobria, a lo largo de la cuenca occidental del Mediterráneo.

En la zona cantábrica, desde Navarra hasta el Nalón, señalemos las cuevas vascas de Ecaín (Cestona), Altxerri (Orio) y Santimamiñe (Cortézubi), las santanderinas de Covalanas, Hornos de la Peña, del Castillo, de la Pasiega, de las Chimeneas, de las Monedas (las últimas cuatro citadas, vecinas en Puente Viesgo, en un monte que todo él debió de ser santuario), Altamira (Santillana del Mar), y las asturianas del Pindal, de Tito Bustillo (Ardines), del Buxu, de Candamo (San Román de Candamo). Algunas cuevas poco importantes conducen, a través de la meseta septentrional, a la cueva de los Casares (Ribas de Saelices, Guadalajara), con importantes grabados. La cueva de Maltravieso, en Cáceres, con sus manos pintadas, marca el camino a la portuguesa de Escoural, de reciente descubrimiento. En el extremo sur, el grupo de cuevas malagueñas (de Nerja, de La Pileta, en el corazón de la serranía de Ronda, de Ardales) es muy interesante por el carácter mediterráneo que ya hemos señalado.

En Italia va conociéndose un arte rupestre e incluso mobiliar muy interesante, ligado a la provincia mediterránea.

Hace unos años, Bader descubrió pinturas del estilo hispano-francés en la cueva de Kapova, en los Urales, y se señalan también grabados y pinturas de esta época, en su fase final, en el Cáucaso y en Siberia.

L. P.



Cabeza femenina llamada Venus de Brassempouy (Musée des Antiquités Nationales, Saint-Germain-en-Laye).

Representación femenina esculpida en colmillo de mamut y que ha recibido el nombre de Venus de Lespugue (Musée de l'Homme, París).

escultura (bisontes modelados en barro del Tuc d'Audoubert) y, sobre todo, en las pinturas y grabados en las paredes de las cuevas. Se trata de verdaderos santuarios, frecuentados a veces durante innumerables generaciones, donde los hechiceros de la tribu realizarían los ritos de magia propiciatoria, precursora de las expediciones de caza o destinada a obtener otros beneficios. La figura humana está ausente de estas representaciones, excepto en figuras antropomorfas, brujos disfrazados o acaso representación de la divinidad. Como es lógico, en esta actividad artística se nota una evolución a través de los miles de años que van desde el auriñaciense hasta el magdaleniense avanzado. Altamira, Lascaux, Font-de-Gaume, Niaux, Trois-Frères, Castillo, Pasiega, Pileta... son algunos nombres gloriosos de esta letanía de lugares que han asombrado a eruditos y profanos. La primacía del Occidente en esta primera gran creación del genio humano parece indudable. Pero hoy se va conociendo un arte rupestre antiguo en el Ural y motivos tan típicos del arte rupestre de Occidente como las representaciones pintadas de manos se hallan por todo el mundo, hasta la lejana Patagonia. En realidad, la relación del arte cuaternario de la Europa occidental con el de otros continentes, incluso América, y en especial con el africano y el levantino español, es todavía un enigma.



BIBLIOGRAFIA

Breuil, H.	*Quatre cents siècles d'art pariétal,* París, 1952.
Breuil, H., y Lantier, R.	*Les hommes de la pierre ancienne,* París, 1951.
Burkitt, M. C.	*The old stone age: a study of paleolithic times,* Nueva York, 1956.
Clark, J. G. D.	*L'Europe préhistorique,* París, 1955.
Childe, V. G.	*The dawn of european civilization,* Londres, 1933.
Dechelette, J.	*Manuel d'archéologie préhistorique,* I, París, 1908.
Kühn, H.	*El arte rupestre en Europa,* Barcelona, 1957.
Laet, S.	*La préhistoire de l'Europe,* Bruselas, 1967.
Laviosa Zambotti, P.	*Origen y difusión de la civilización,* Barcelona, 1958.
Luquet, H.	*L'art et la religion des hommes fossiles,* París, 1926.
Obermaier, H.; García Bellido, A., y Pericot, L.	*El hombre prehistórico y los orígenes de la humanidad,* Madrid, 1963.
Peyrony, D.	*Éléments de Préhistoire,* París, 1965.
Piveteau, J.	*L'origine de l'homme. L'homme et son passé,* París, 1962.
Powell, T. G. E.	*L'art préhistorique,* París, 1966.
Sonneville-Bordes, D.	*L'âge de la pierre,* París, 1965.



Cérvido aflechado de la cueva de Candamo, en copia realizada por el Museo Provincial de Prehistoria y Arqueología de Santander. En esta representación se aprecia la práctica del rito mágico de propiciación de la caza.